

# INTRODUCCIÓN

*DEIS GRATIAS* ES UN MONOGRÁFICO DE LA REVISTA ARYS compuesto por trece contribuciones que abordan, desde diversas perspectivas y para distintos momentos del s. II d.C, un argumento común: la constitución de una nueva suerte de comunidad política, social, económica y cultural en el seno del Imperio Romano y la importancia que en ella tuvo la diversidad religiosa del Mundo Mediterráneo y tierras vecinas. En el s. II d.C. el Imperio Romano – que se había constituido como el resultado de la dominación de los ciudadanos romanos, de origen itálico – vivió, no ya el despertar, sino la pujanza de las provincias y, con ella, la progresiva integración social y política de los provinciales. Este proceso de integración alteró profundamente las estructuras políticas de la dominación, así como la realidad social de la oligarquía que gobernaba el Imperio. Puso en contacto, favoreciendo el intercambio de ideas, a personas con trasfondos culturales diferentes, que encontraron en la unidad política que otorgaba la ciudadanía romana y en la potencia intelectual del helenismo los instrumentos para la integración. Obviamente, este proceso de integración política, social y cultural – también religiosa – no produjo resultados homogéneos en el Imperio, pero sí fue capaz de articular una comunidad que finalmente adquirió plena naturaleza política con la *Constitutio Antoniniana*, en el 212 d.C. Como el propio emperador proclamó entonces, según se lee en el Papiro Giesen 40, la concesión universal de la ciudadanía estaba inextricablemente unida a la constitución de una comunidad religiosa que prestaba culto a todos, o algunos, de los dioses que la protegían. El Imperio Romano no sólo se había constituido como comunidad política, social y económica, sino que también era una comunidad religiosa. Esta comunidad religiosa se convirtió en universal en el momento en que se concedió a todos los habitantes del Imperio la ciudadanía romana. Política y religión eran caras de un mismo prisma.

*Deis Gratias* se concibió también con la intención de estudiar las acciones que los emperadores desarrollaron en favor de la integración religiosa del Imperio. Sin duda, es objeto de discusión académica la validez de expresiones tales como “política imperial”. Sin embargo, resulta imposible negar que los emperadores tuvieron una insólita capacidad para actuar y para influir en el devenir del Imperio. Gracias a los medios para la gobernación que estaban a su disposición – tanto aquellos que heredaron como los nuevos que crearon –, gracias a una potencia económica insuperable, gracias a su capacidad de convertirse en ejemplo para las oligarquías regionales y locales, los emperadores fueron uno de los primeros motores en la creación de una comunidad universal. Al fin y al cabo, el propio Caracalla es el que manifiesta su deseo de dar las gracias a los dioses inmortales – θ]εο]ις [τοι]ς ἀθ]αν]άτοις εὐχαριστή]σαιμι – con la concesión de la ciudadanía a los habitantes del Imperio.

Obviamente, entre todos los emperadores tiene una posición destacada el emperador Adriano, y así se refleja en el número de contribuciones de este monográfico de ARYS dedicadas a él, a su labor y a su influencia. Este número de la Revista nace como resultado principal del Proyecto de Investigación “Adriano y la integración de la diversidad regional. Una perspectiva Histórica e Historiográfica” (HAR2015-65451-c2-1 MINECO/FEDER), que durante tres intensos años nos ha ocupado. Los editores estamos convencidos que el reinado de Adriano supuso una reorientación del devenir del Imperio. Así lo pensamos porque, en buena medida, el propio emperador fue capaz de comprender el auge de las provincias, apreció la diversidad de sus tradiciones culturales y se vio obligado a crear una nueva base social para su poder, que había nacido amenazado por algunos sectores de la oligarquía romana. El nuevo soporte social del poder imperial lo encontró en las provincias y así, gracias a su particular sensibilidad hacia la diversidad cultural del Imperio, pudo trabar una sólida alianza con las oligarquías provinciales. El resultado de esta nueva e intensa vinculación entre el poder imperial y los poderes locales enriqueció el Imperio, abriendo las puertas a la puesta en común de dioses, cultos y ritos que hasta entonces habían vivido más o menos encerrados en sus territorios. Sin duda alguna, el proceso de difusión por el Imperio de las antiguas tradiciones y creencias religiosas regionales no fue la obra de ningún emperador en concreto y mucho menos, la obra exclusiva de Adriano. Sin embargo, sí es cierto que este supo alienar las acciones del gobierno imperial con el proceso, ya en marcha, de creación de una nueva comunidad ecuménica. Sin duda alguna, la fuerza del poder imperial contribuyó decisivamente a hacerla realidad.

Este volumen monográfico de la revista ARYS está compuesto, en buena medida, por contribuciones de miembros del proyecto “Adriano y la integración de la diversidad regional” (HAR2015-65451-c2-1 MINECO/FEDER). Han formado

parte de dicho proyecto, ya fuese como investigadores o como miembros del equipo de trabajo, los doctores G. Woolf (Institute of Classical Studies, UoL), F. Camia y A. Lo Monaco (Sapienza Università di Roma), E. Calandra (Istituto Centrale per l'Archeologia, Roma), A. Galimberti (Università Cattolica del Sacro Cuore), a los que se han sumado P. Giménez de Aragón, J. Ballesteros Sánchez, J. López Benítez, R. Gordillo Hervás y J. M. Cortés Copete, todos ellos investigadores de la Universidad Pablo de Olavide, institución en la que ha estado radicado el citado proyecto. Además de los miembros del proyecto, hemos tenido la fortuna de contar con las aportaciones de un notable grupo de investigadores que provienen de otras instituciones: A. Gonzales (Université de Franche-Comté), C.P. Jones (University of Harvard), F. López Sánchez (Wolfson College, Oxford), G. Capriotti Vittozzi (Italian Archaeological Centre, Cairo), D. Serrano (Universidad Complutense de Madrid), D. Maikidou-Poutrino (Aristotle University of Thessaloniki). A todos ellos queremos darles las gracias por su generosidad.

El volumen arranca con la contribución de A. Gonzales, *Cosmopolitisme ou universalisme stoïcien peuvent-ils légitimer philosophiquement le pouvoir de l'empereur?*, en la que se abordan los fundamentos filosóficos, de corte estoico, en los que se reconocía una parte de la oligarquía romana desde época republicana: cosmopolitismo y universalismo. Gonzales estudia la aplicación práctica de estas ideas filosóficas durante el Imperio romano, haciéndolo a través de dos fenómenos específicos. Por un lado, la paulatina extensión de la ciudadanía romana por todo el Imperio, proceso que afectó fundamentalmente a las élites provinciales hasta el Edicto de Caracalla de 212 d.C.; por otro, la integración –que no llegará a consolidarse totalmente– de los distintos panteones religiosos provinciales, convirtiendo a Roma en el centro religioso del Imperio y el culto imperial en la principal manifestación religiosa compartida por todos los habitantes. El resultado de esta aplicación no fue otro que la difusión, entre las élites, de un sentimiento de pertenencia a una comunidad mayor – el Imperio – en coexistencia con las identidades locales de cada territorio bajo el dominio de Roma. Le sigue una llamada a la cautela interpretativa de manos de G. Woolf, *Fragments of an Emperor's Religious Policy: The Case of Hadrian*. Advierte el autor sobre los peligros de utilizar conceptos como “Policy” o “Religion” para comprender las acciones de los emperadores individualmente. En línea con la tesis de F. Millar sobre el mecanismo de “Petition and Response” como instrumento fundamental de la gobernación del Imperio, Wolf señala lo inadecuado de atribuir a los emperadores, también a Adriano, un programa político a desarrollar en sus años de reinado. Quizás, la disponibilidad de dinero y el apego a los dioses tradicionales bastarían para explicar la consistencia que las acciones del emperador muestran a lo largo del tiempo y del espacio.

Se abre entonces un bloque de contribuciones dedicadas al estudio de las relaciones entre el poder imperial y las elites locales del Imperio. Los dioses y los templos fueron ámbitos para un diálogo que protagonizaron las oligarquías locales, muchas veces investidas de la autoridad sacerdotal. F. López-Sánchez, *Hercules Romanus, Hercules Gaditanus, Iovis Olympius, Sandan y Iupiter Victor: cultos locales y selecciones imperiales en la moneda en tiempos de Adriano*, propone reconocer, a través del estudio de las acuñaciones imperiales, dos grandes etapas en la concepción religiosa del poder imperial adrianeo. Una primera que estaría marcada por la identificación con Hércules y otra posterior en la que el referente pasaría a ser Júpiter. La activación del modelo Hércúleo, primero, y el paso al Joviano, después, están relacionadas con las sucesivas iniciaciones eleusinas del emperador. Para el autor, este doble modelo pervivió en la definición de la institución imperial hasta la Tetrarquía. Es precisamente la asociación, por asimilación, de los emperadores con los dioses griegos el asunto del trabajo de F. Camia, *The combination between gods and emperors in Greece: its cultic implications and the role of imperial priests*. El valor de la iconografía y del discurso son analizados en este proceso de asimilación que utilizaron también las elites locales para establecer una relación jerárquica entre dioses y emperadores que les permitió comprender la realidad del poder imperial a través de instrumentos tradicionales. La implicación de las oligarquías locales en la construcción religiosa de la comunidad imperial es también el asunto de capítulo escrito por A. Lo Monaco, *Edifici per gli dei. Evergeti pubblici e privati nei santuari del Peloponneso del II secolo d.C.* Evergetismo y monumentalización de las ciudades se unieron en el s. II d.C. para transformar profundamente el paisaje urbano y la vida cotidiana de las gentes de las provincias. Sin embargo, en este estudio centrado en el Peloponeso, se analizan las acciones evergéticas de los emperadores y su imitación y desarrollo por los benefactores locales para observar sus limitaciones tanto en el número como en la profundidad de los cambios. Salvo Adriano, no se encuentran testimonios de obras emprendidas por otros emperadores; paralelamente, los benefactores locales, a partir de mitad de siglo, prefirieron dedicar sus esfuerzos a los santuarios panhelénicos porque en ellos, posiblemente, encontraban una mayor repercusión de su generosidad.

La sección dedicada al emperador Adriano se abre con la contribución de R. Gordillo, *Competing for the Emperor: games and festivals in honour of Hadrian*. Analiza la autora la profunda vinculación del emperador Adriano con los *agones* griegos, certámenes en los que su presencia se hizo patente. Hubo ciudades que introdujeron en sus certámenes tradicionales nuevas pruebas dedicadas al emperador. Algunas ciudades organizaron nuevos juegos dedicados al emperador, a veces por una sola vez, otras con vocación de permanencia en el tiempo. Las más afortunadas de entre ellas consiguieron que sus juegos se incluyeran en el calendario de pruebas que el emperador organizó en el Imperio. Los juegos, atléticos y artísticos, se nos presen-

tan como un instrumento eficaz del diálogo en el poder imperial y las ciudades. De entre todas las ciudades griegas, Atenas ocupó un lugar muy especial en el reinado de Adriano. Y a ella va dedicado el capítulo J.M. Cortés Copete, *HA, Hadr. 13.6: la consagración del templo de Zeus Olimpio. Adriano y la integración religiosa del imperio*. En este capítulo se muestra cómo la consagración por el emperador del templo de Zeus Olimpio en el año 132 contribuyó a romper las barreras ideológicas y religiosas que separaban el suelo provincial del suelo propiamente romano. Se trató de una consagración a Zeus de un templo no inaugurado según las reglas romanas y ubicado en el suelo de una polis griega que tenía el estatuto de ciudad libre. Todo se hizo en presencia del Pontifex Maximus al que los griegos aclamaron entonces Olimpio.

Aunque el atractivo y la potencia de la cultura griega eran enormes, Egipto ejerció una irresistible fascinación sobre muchos espíritus romanos, también sobre Adriano. El viaje del emperador al Valle del Nilo, en compañía de Sabina, Balbila y Antinoo, es uno de los acontecimientos más relevantes de su reinado, también por sus consecuencias en el ámbito religioso. A la muerte trágica de Antinoo, ahogado en el río, y su posterior divinización está dedicado el capítulo de E. Calandra, *La nascita dell'immaginario culturale di Antinoo*. Se analizan los testimonios sobre la muerte y divinización de Antinoo, tanto las fuentes históricas como las inscripciones jeroglíficas del obelisco del Monte Pincio (Roma), donde se de cuenta del ascenso a los cielos de Antinoo. Se incluyen también los testimonios poéticos que ayudaron a crear el mito de la muerte y divinización de Antinoo. La muerte y resurrección es asimismo el tema de la contribución de G. Capriotti Vittozzi, *Emperor Hadrian and Egypt. Remarks on the mythical and religious perspectives*. El Ave Fénix fue un motivo querido por el emperador, que lo incluyó en sus monedas, así como en una crátera preciosa que proviene de Villa Adriana. Como insiste la autora, quizás uno de los elementos más relevantes de este uso de motivos egipcios es que fue el resultado de la colaboración de gentes de diverso origen, algunos de ellos egipcios, que supieron aportar al emperador, y con él al Imperio, las tradiciones culturales en las que se habían formado.

En la diversidad religiosa del Imperio cobraron especial relevancia, a lo largo del siglo s. II, algunas religiones monoteístas. La integración de los provinciales en el Imperio no siempre ofreció campos para el acuerdo, semejantes a los que las tradiciones griega y egipcia protagonizaron. El problema del cristianismo se aborda en la contribución de P. Giménez de Aragón, *Ignacio de Antioquía inventó el Cristianismo: Trajano y Adriano frente a los Cristianos*. Sostiene el autor que el cristianismo no consigue identificarse como una religión propia hasta el siglo II, momento en el que Ignacio de Antioquía habría acuñado el término “Cristianismo” no sólo para separarse de los judíos sino también como vía para presentarse ante el Imperio y el emperador. Esta presentación ante el emperador es precisamente

el tema que se estudia en la contribución de C.P. Jones, *Christian Apologists and the Antonine Emperors*. La necesidad de marcar distancias con el judaísmo y de oponerse al paganismo marcaron el inicio de una literatura apologética con la que los cristianos pretendían “defenderse”, presentándose como una auténtica filosofía. Que el encuentro con la nueva religión que estaba tomando conciencia de sí misma no fue pacífico lo muestra el nuevo auge de la persecución en tiempos del emperador Marco Aurelio, el emperador filósofo, y su hijo Cómodo.

Es precisamente la actitud de Cómodo ante los dioses el tema que centra el interés de A. Galimberti en su contribución *La Política Religiosa di Commodo*. Su respeto por los dioses ancestrales de Roma, tales como Júpiter, Marte, Minerva, Mercurio y Apolo Palatino, su devoción por dioses “orientales” ya bien incorporados al panteón romano, como Cibeles y Serapis, y su voluntad de presentarse como *Hercules Romanus*, hablan de una respuesta, construida desde el tradicionalismo, a las dificultades que vivía el imperio, dificultades que eran militares, financieras y también religiosas. Se cerraba así el s. II, un tiempo en el que el Imperio se había abierto a las provincias y se había avanzado en la creación de una comunidad universal. Sin embargo, la dificultad del proceso y las contradicciones que encerraba no dejaban de anunciar futuras complicaciones.

El monográfico de la revista cierra con la contribución de J. Ballesteros, *Una cigüeña en una higuera, un potro en un tejado, el espejo de Didio Juliano y la máscara de Heliogábalo. Bienvenidos al mundo religioso de los siglos II y III d.C.... según la Historia Augusta*. El proyecto de investigación que está en el origen de este número de la revista tenía como objetivo ofrecer una perspectiva histórica e historiográfica del reinado de Adriano y, por extensión, de todo el siglo II. Es la historiografía antigua el foco del estudio de Ballesteros que asume el estudio de algunos pasajes de la Historia Augusta en los que se tratan asuntos relacionados con la religión. El humor y la crítica sarcástica parecen constituir algunos de los vértices sobre los que se articularon estos relatos contenidos en las series de biografías imperiales.

Los editores de este volumen, titulado *Deis Gratias*, no queremos terminar sin dar las gracias. Por supuesto, nuestro primer agradecimiento va dirigido a todos los que han contribuido al volumen y a todos aquellos a los que les hubiera gustado contribuir y que, por una razón u otra, les ha sido finalmente imposible. Sin su dedicación y paciencia este libro no hubiese existido. Es también de justicia dar las gracias a quienes, con su trabajo constante, han hecho posible la edición de *Deis Gratias*: Juan Ramón Carbó García y Valentino Gasparini. Ellos han asumido con valor, y no poco estoicismo, el proceso de modernización de la revista para mejorar su proyección internacional, lo que nos ha obligado a todos a algunos cambios durante el proceso de edición del libro. El resultado merecerá el esfuerzo.

Por último, también queremos mostrar nuestro agradecimiento a un grupo de pioneros, visionarios quizás, que a finales de la década de los años ochenta del siglo XX decidieron constituir la asociación Antigüedad, Religiones y Sociedades, que está en el origen de la Revista que lleva su nombre. Algunos de ellos ya no están entre nosotros, aunque su memoria nos acompañe; otros siguen en activo y acumulando años y sabiduría. Todos fueron autores de una rara institución de la Historia Antigua en España: ¡una asociación de estudiosos que lleva viva y activa treinta años! ARYS se fundó con la vocación de dar, también, la primera voz a los jóvenes que pretendían dedicarse al estudio de las religiones en la Antigüedad, mezclando en el mismo foro maestros y aprendices, profesores y estudiantes, unidos por el afán de conocimiento. No es fácil encontrar un mejor ejemplo del espíritu universitario, que todavía se mantiene vivo en sus reuniones y publicaciones. Recordar por su nombre a aquellos pioneros es una tarea que supone un riesgo de ingratitud que no estamos dispuestos a asumir. Si alguno de ellos lee este párrafo, sólo deseamos que se vea reconocido en él. Sin embargo, no queremos dejar pasar la ocasión sin mencionar a quien, con su esfuerzo, inteligencia, y saber hacer, con su simpatía y empuje incansable, ha sabido mantener viva y coleando la Asociación y la Revista: el Prof. Jaime Alvar Ezquerro, presidente (a lo que se ve) perpetuo de la asociación. *Deis Gratias* es también un pequeño homenaje a todos vosotros.

ROCÍO GORDILLO HERVÁS  
JUAN MANUEL CORTÉS COPETE  
JOAQUÍN LÓPEZ BENÍTEZ